



Arte: Jessica Trabuco Moré

## Epílogo

### La intemperie que me hace

Arribado a la firme intermitencia del cansancio entre mi cuerpo y mi cuerpo, de soslayo me soslayo en el soslayo de mi agotarme, del agotamiento soslayado en mí. En mí. Transito la intermitencia sin señal alguna de un camino, un camino que señalo sin cruces. Poseo una cartografía del agotamiento para poder perderme con archivo en mis manos, con la carta de mi memoria marcada en mis manos por la antigüedad del cansancio hasta aquí. Hay vejez de la escritura que acorralla los pensamientos que ritman un grafiarse que no llega, que aún no llega. Junto aúno los impulsos ciertos los ciertos impulsos por arribar al destino trunco del sentido de caminar hasta aquí, y sólo son sonidos los que guían en mis manos por el adentro de mi boca sin lavandina hacia la transparente oscuridad de mi dos dos cuando cuento cuatro, cuando cuento tres. Hay una fiesta de cansancio que baila salta y se entristece sobre mi cuerpo. Hay una memoria archivada que cuenta historias de las labores empecinadas para nombrar el cansancio o el nombre de mi cuerpo en ello pero nunca indica los cruces ni los caminos sónicos de ese cansancio que es el mismo, idéntico, al de mi lengua, al del adentro de mi boca.

Arribado a la firme intermitencia de este axioma, concluyo que la acción es la bella oscura excusa del adentro sucio, ya sin lavandina. En mí. En mi lengua ocurre el cansancio que se adentra en mi cuerpo por caminos sin cruces ni carteles ni vistas de lo sido, ni vistas de lo sido, ni vistas de lo sido. Ni en mí. Ni en mi memoria ocurre el proceder que procede a procedimentar las condiciones de las labores lenguaraces traductoras de un cuerpo, de un



cuerpo sin piel ajado. En la hoja que desolla un cuerpo que no oye transcurre mi memoria por mi lengua que arde en vocablos que hablo para tener el sonos de mi nada acongojante por estar en mi la imposibilidad de darles ni donarles el cansancio que me hace caminar, un cansancio motriz, casi gutural, casi cultural, de seguro cultural, de seguro gutural, casi terrícola. Espero condenar la falta que camina en mi cuerpo como lengua camina hacia un silencio sin opciones, condenarla a ser patrona de mi memoria. Armazono un altar para su culto, y en letánica letanía acaece lo oculto por el peso de los otros en mi. En mi. Las cuentas del rosario restan las oraciones que profiero para oscurecer la transparencia que traspone un mi sin nosotros. Creo en algo así como un padre poderoso, por mi culpa me pongo a la componenda de lo posible de religar: letánicamente oraciono una falta, luego pongo a cultuar su culto cultural para generar voluntad de la falta como voluntad de ligar, volver a ligar, volver a ligar nada: el cansado cansancio devino el cansado cansancio de la intención de una metafísica extensa: tengo reses que se aquerencian en la carnicería de mi culto, mi culto propio, mi propio culto, un culto del pensar educado, un culto del silogismo, un cultivar lo axiomático, una cultura de lo axial: lindo nene que religioso es en tanto plaga de su cuna negada, dialéctica anclada en una herencia pensada. Enrevesada en mí, la religión del pensamiento coloca su falta como rito de su ausencia, como ritmo de su injerencia siempre, pero siempre. Y hago como que de ello algo supiera, como quien no quiere la cosa parece que a la cosa la sé, siempre, pero siempre. Casi digo casi siempre, y casi pienso que lo que sigue es un punto final, y no, miren bien, escuchen bien, lo que sigue, lo que sigue es un contrapunto final, un contrapunto contra las cosas, contra las ideas de mis siquieras en el centro de mis minúsculas.

Ariel Gustavo Liendo

El Quebracho 09-02-2020

